

EDITORIAL TROTTA

EL CUIDADO
ESENCIAL

Leonardo
BOFF

ÉTICA DE LO HUMANO
COMPASIÓN POR LA TIERRA

«Cuidar es más que un acto; es una actitud. Por lo tanto, abarca más que un momento de atención, de celo y de desvelo.» Sin embargo, ¿a qué ha quedado reducido el *cuidado* en la sociedad contemporánea? El ser humano ha experimentado en su quehacer un desvío a través del poder de la ciencia y la técnica, padece una crisis de civilización y se comporta como mero observador ante el final de un tipo de mundo. La aparición del fenómeno del descuido, la indiferencia y el abandono conducen a la pérdida de la conexión con el Todo. Por ello, surge la necesidad de una nueva filosofía que «se presenta como holística, ecológica y espiritual. Constituye una alternativa al realismo materialista, con capacidad de devolver al ser humano el sentimiento de pertenencia a la familia humana, a la Tierra, al universo y al propósito divino».

Leonardo Boff reivindica, en estas páginas, al sujeto como ser participante en la gran casa común, la Tierra, la cual está retornando de su largo exilio para encontrarse a sí misma como planeta Tierra unificado. Y en la Madre Tierra el ser humano, como huésped, ha de asumir el *ethos* en su sentido originario, como «aquella porción del mundo que reservamos para organizar, cuidar y hacer nuestro hábitat». Por lo tanto, hay que recuperar el cuidado como *ethos* fundamental de lo humano, el «cuidado como modo-de-ser esencial».

El cuidado esencial
Ética de lo humano, compasión por la Tierra

Leonardo Boff

Traducción de Juan Valverde

Revisión de José Francisco Domínguez

E D I T O R I A L T R O T T A

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Religión

© Editorial Trotta, S.A., 2002
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: trotta@infonet.es
<http://www.trotta.es>

© Leonardo Boff, 2002

© Juan Valverde y José Francisco Domínguez, 2002

ISBN: 84-8164-517-6
Depósito Legal: M-22.850-2002

Impresión
MARFA Impresión, S.L.

*A Marcia, que con su ejemplo de cuidado,
inspiró este libro,
y por su colaboración
se convirtió en verdadera coautora*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: El tamagochi y el cuidado.....	13
1. LA FALTA DE CUIDADO: ESTIGMA DE NUESTRO TIEMPO.	17
1. Síntomas de la crisis civilizacional.....	18
2. Remedios insuficientes.....	20
3. Insuficiencias del realismo materialista.....	23
4. Indicaciones para el camino correcto.....	25
5. Una nueva ética a partir de una nueva óptica.	26
2. EL «CUIDADO»: <i>ETHOS</i> DE LO HUMANO.....	29
1. El cuidado como «modo-de-ser esencial».....	30
2. Los mitos: conocimiento ancestral de la esencia humana	32
3. LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO.....	37
4. UN ESCLAVO GENIAL: GAIUS JULIUS HYGINIUS.	39
1. La historia de Higino.....	39
2. La obra de Higino.....	41
V. EXPLICACIÓN DE LA FÁBULA-MITO DEL CUIDADO.	43
I. ¿Qué es una fábula? ¿Qué es un mito?.....	43
/ . Mitos y fábulas ejemplares.....	47
I. 1 a dimensión de Cielo: Júpiter.....	49

4.	La dimensión de Tierra: Tellus/Terra	50
5.	La dimensión de historia y de utopía: Saturno	53
6.	DIMENSIONES DEL CUIDADO.....	57
1.	Tierra: la dimensión material y terrenal de la existencia	58
a)	El teatro cósmico	59
b)	¿Qué significa ser Tierra?.....	62
2.	Cielo: la dimensión espiritual y celestial de la existencia	64
3.	Historia y utopía: la condición humana fundamental ...	67
7.	NATURALEZA DEL CUIDADO.....	71
1.	La etimología de la palabra «cuidado».....	72
2.	Dos «modos-de-ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado	74
a)	El «modo-de-ser-trabajo».....	75
b)	El «modo-de-ser-cuidado».....	77
3.	La dictadura del «modo-de-ser-trabajo»	79
4.	La recuperación del «modo-de-ser-cuidado».	81
8.	REPERCUSIONES DEL CUIDADO.....	87
1.	El amor como fenómeno biológico.....	88
2.	La regla de oro: la justa medida	90
a)	Medida justa y naturaleza	91
b)	Medida justa y <i>pathos</i>	94
3.	La ternura vital	95
4.	La caricia esencial	97
5.	La amabilidad fundamental.....	99
6.	La convivencialidad necesaria.....	100
7.	La compasión radical.....	103
9.	CONCRETIZACIONES DEL CUIDADO.....	107
1.	El cuidado de nuestro único planeta.....	107
2.	El cuidado del propio nicho ecológico	109
3.	El cuidado de una sociedad sostenible.....	110
4.	El cuidado del otro, <i>animus</i> y <i>anima</i>	112
5.	El cuidado de los pobres, oprimidos y excluidos.	114
6.	El cuidado de nuestro cuerpo en la salud y en la enfer- medad.....	116

7.	El cuidado de la curación integral del ser humano	119
8.	El cuidado de nuestra alma, de los ángeles y de los de- monios interiores_____	121
9.	El cuidado de nuestro espíritu, de los grandes sueños y de Dios.....	123
10.	El cuidado de nuestra gran travesía, la muerte.	125
10.	PATOLOGÍAS DEL CUIDADO.....	129
1.	La negación del cuidado esencial.....	130
2.	El exceso de cuidado: la obsesión.....	131
3.	La falta de cuidado: la incuria.....	132
11.	FIGURAS EJEMPLARES DEL CUIDADO.....	133
1.	El cuidado de nuestras madres y abuelas.	133
2.	Jesús, encarnación del cuidado.....	134
3.	Francisco de Asís: la fraternidad y la ternura del herma- no universal.....	135
4.	La Madre Teresa de Calcuta: el «principio misericordia»	136
5.	El hermano Antonio: cazador de sonrisas en caras tristes.	138
6.	Mahatma Gandhi: la política como cuidado para con el pueblo.....	141
7.	El cuidado de Olenka y Tania: la hospitalidad que salva	144
8.	Un profeta del «principio amabilidad».....	145
9.	El <i>Feng Shui</i> : la filosofía china del cuidado.	149
12.	CONCLUSIÓN: EL CUIDADO Y EL FUTURO DE LOS DESPOSEÍDOS Y DE LA TIERRA.....	155
	<i>Glosario</i>	159

NOTA DEL TRADUCTOR

El texto original contiene términos y expresiones que, aunque tienen un significado evidente, han sido creadas por el autor y no pertenecen al vocabulario «oficial» portugués. En la traducción hemos mantenido esa creatividad sobre la ortodoxia del vocabulario español, utilizando el entrecomillado para indicar la creación de neologismos o las expresiones compuestas.

NATURALEZA DEL CUIDADO

Acabamos de presentar la estructura de las experiencias humanas axiales que se ocultan tras la fábula-mito de Higino*, con sus respectivos conceptos básicos. Hemos dejado a un lado la figura del cuidado. Ahora es el momento de analizar su naturaleza. Higino no considera el cuidado como una divinidad, sino como personificación de un «modo-de-ser» fundamental. Personificación equivale aquí a divinización en el sentido que hemos dado a las divinidades mitológicas, pues expresan dimensiones radicales de lo humano.

¡En primer lugar^ vamos a describir la fenomenología del cuidado. Por fenomenología entendemos el modo en que cualquier realidad –en nuestro caso, el cuidado– se convierte en un fenómeno para nuestra conciencia, se muestra en nuestra experiencia y se amolda a nuestra práctica. En este sentido, no se trata de pensar y hablar *sobre* el cuidado como objeto independiente de nosotros. Sino de pensar y hablar *a partir* del cuidado tal como se vive y se estructura en nosotros mismos. ¡No *tenemos* cuidado. *Somos* cuidado. Es decir, el cuidado posee una dimensión ontológica* que entra en la constitución del ser humano. Es un «modo-de-ser» característico del hombre y de la niujerASin cuidado dejamos de ser humanos^

lili ¡!l ser y el tiempo, Martin Heidegger (1889-1976), el filósofo del cuidado por excelencia, mostró que realidades tan

fundamentales como el querer y el desear hunden sus raíces en el cuidado esencial. Sólo a partir de la dimensión del cuidado emergen como realizaciones de lo humano.; El cuidado es una estructura ontológica que está siempre en la base de todo lo que el ser humano emprende, proyecta y hace; el cuidado suministra preliminarmente el suelo en el que se mueve toda interpretación del ser humano.\Por «estructura ontológica», Heidegger entiende aquello que entra en la definición esencial del ser humano y configura su actividad. Cuando da a entender que el cuidado es el suelo en el que se mueve toda interpretación del ser humano, está afirmando que el cuidado es el fundamento de cualquier interpretación del ser humano. Si no nos basamos en el cuidado no lograremos comprender al ser humano. Es lo que hemos venido diciendo a lo largo y a lo ancho de toda nuestra reflexión y que ahora vamos a desarrollar, j

1. *La etimología de la palabra «cuidado»*

Tal vez una primera aproximación al significado central del término «cuidado» se encuentre en su etimología. Como nos advierten los filósofos, las palabras están preñadas de significados existenciales. En ellas, los seres humanos han acumulado innumerables experiencias, positivas y negativas, experiencias de búsqueda, de encuentro, de certeza, de perplejidad y de inmersión en el Ser. Tenemos que extraer de las palabras su riqueza escondida. Normalmente, las palabras nacen dentro de un nicho de sentido originario y a partir de ahí se desarrollan otros significados afines. Así parece haber ocurrido con el origen de la palabra «cuidado».

[Según los diccionarios etimológicos clásicos¹, el término «cuidado» derivaría del latino *cura*. Esta palabra es un sinónimo

1. Para la filología de la palabra cuidado, es útil consultar las siguientes fuentes: *Cura*, en *Thesaurus Linguae Latinae*, vol. 4, Leipzig, 1909, col. 145 I 1476; Paulys, *Realencyclopaedie der classischen Altertumswissenschaft*, vol. K, Stuttgart, 1901, col. 1773; A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire Ethymologique*

erudito de cuidado, es la que se emplea en la traducción de *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger. En su forma más antigua, *cura* en latín se escribía *coera*, y era utilizada en un contexto de relaciones de amor y de amistad. Expresaba la actitud de cuidado, de desvelo, de inquietud y de preocupación por la persona amada o por un objeto con valor sentimental! j

\Según otros, el término «cuidado» derivaría de *cogitare-cogitatus*, que se corrompe en las formas de *coyedar*, *coidar*, *cuidar*. El sentido de *cogitare-cogitatus* es el mismo que el de «cura»: cogitar, pensar, poner atención, mostrar interés, manifestar una actitud de desvelo y de preocupación! El cuidado sólo surge cuando la existencia de alguien tiene importancia para mí. Paso entonces a dedicarme a él; me dispongo a participar de su destino, de sus búsquedas, de sus sufrimientos y de sus éxitos, en definitiva, de su vida.\«Cuidado» significa, entonces, desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, delicadeza^Como decíamos, estamos frente a una actitud fundamental, un «modo-de-ser» mediante el cual la persona sale de sí y se centra en el otro con desvelo y solicitud. En las lenguas latinas, tenemos la expresión «cura de almas» para referirnos al sacerdote o al pastor cuya misión consiste en cuidar del bien espiritual de la gente y acompañarla en su trayectoria religiosa. Esta tarea se lleva a cabo con cuidado y *esprit de finesse*, como corresponde a las cosas espirituales.

La actitud de cuidado puede provocar preocupación, inquietud y sentido de responsabilidad. Así, por ejemplo, decimos: «ese niño es todo mi cuidado (preocupación)». El padre Antonio Vieira, clásico de la lengua portuguesa, escribe: «éstos son, amigo, todos mis cuidados (mis inquietudes)». Un antiguo proverbio rezaba: «Quien tiene cuidados, no duerme». Los latinos utilizaban la expresión *dolor amoris* (dolor de amor) para expresar

/(• /,< I *aligue Laliñe*, Paris, 1939, 245-246; *cuidado*, Caldas Aulete, *Dicionário i 'ontmtlHmhwa ãla Lincita Portuguesa*, Edigões Delta, Rio de Janeiro, 1985; AIII iioi NUM rutes, *Dicionário Etimológico resumido*, Instituto Nacional do Livro, Kiu 'I' Janeiro, 1966; AntAnio (jcnildo da Quilín, *Dicionário Etimológico ' IfiVil ' mil/t Ira thi I inulta l'inliinĩtrsa*, Nov; i l'mnieira, Rio de Janeiro, 1991.

la atención, la inquietud y el cuidado para con la persona amada. O también: «dejé a mi hijo al cuidado del director de la escuela» (lo puse bajo su responsabilidad).

\ Por su propia naturaleza, el término «cuidado» incluye entonces dos significados básicos, íntimamente vinculados entre sí. El primero, la actitud de desvelo, de solicitud y de atención hacia el otro. El segundo, la actitud de preocupación y de inquietud, porque la persona que tiene cuidado se siente implicada y vinculada afectivamente al otro, j

Con razón, el gran poeta latino Horacio (65-8 a.C.) observó que «el cuidado es el permanente compañero del ser humano». Es decir, el cuidado siempre acompaña al ser humano porque éste nunca dejará de amar y de desvelarse por alguien (primer sentido), ni dejará de preocuparse y de inquietarse por la persona amada (segundo sentido). Si no fuera así, no se sentiría comprometido con ella y mostraría negligencia y dejadez con respecto a su vida y su destino. Finalmente, mostraría indiferencia, que es la muerte del amor y del cuidado.

I 2. *Dos «modos-de-ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado*

Los dos significados básicos que resultan del análisis etimológico nos confirman la idea de que el cuidado es más que un acto individual o que una virtud al lado de otras. Es un «modo-de-ser»; a saber, la forma en que la persona se estructura y realiza en el mundo con los otros. O, mejor aún: es un «modo-de-ser-en-el-mundo» que funda las relaciones que se establecen con todas las cosas.]

Cuando decimos «ser-en-el-mundo», no expresamos una determinación geográfica, como «estar en la naturaleza», junto a las plantas, los animales y otros seres humanos. Esto puede estar incluido, ^pero el significado de la expresión «ser-en-el-mundo» es más amplio. Significa una forma de ex-istir y de co-existir, de estar presente, de navegar por la realidad y de relacionarse con todas las cosas del mundo.; En esa co-existencia y con-vivencia, en esa navegación y en ese juego de relaciones, el

ser humano va construyendo su propio ser, su auto-conciencia y su propia identidad.

Fundamentalmente,¹ hay dos maneras básicas de «ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado; Aquí emerge el proceso de construcción de la realidad humana.

a) El «modo-de-ser-trabajo»

El «modo-de-ser-en-el-mundo» por medio del trabajo se da en la forma de inter-acción y de intervención. El ser humano no está biológicamente dormido con respecto a la naturaleza. Por el contrario, inter-actúa con ella, procura conocer sus leyes y sus ritmos, e interviene en ella para hacer que la vida sea más cómoda. Esto lo hace a través del trabajo. Mediante el trabajo construye su «hábitat», adapta el medio a sus deseos y ajusta sus deseos al medio. Con el trabajo prolonga la evolución e introduce realidades que, posiblemente, la evolución nunca acabaría produciendo, como un edificio, una ciudad, un automóvil, una red de comunicación por radio y televisión. Por medio del trabajo participa en la dirección del proceso evolutivo, haciendo que la naturaleza y la sociedad con sus organizaciones, sistemas y aparatos tecnológicos entren en simbiosis y co-evolucionen juntos./

En cierta forma, el trabajo está presente en el dinamismo de la misma naturaleza. Una planta o un animal también trabaja en la medida en que inter-actúa con el medio, intercambia informaciones, se muestra flexible y se adapta con vistas a la supervivencia. En el ser humano, sin embargo, el trabajo se convierte en «modo-de-ser» consciente y asume la condición de proyecto y estrategia con sus tácticas de modelado de sí mismo y de la naturaleza.

\ Primitivamente, el trabajo era más inter-acción que intervención, pues el ser humano trataba la naturaleza con veneración. Sólo utilizaba aquello que necesitaba para sobrevivir y hacer su existencia más segura y placentera.]

El proceso de intervención en la naturaleza empezó a partir del *Homo habilis*, hace entre 1,6 y 2 millones de años, cuando

se inventó la herramienta... Se convirtió f.n una constante a partir del *Homo sapiens*, del que descendemos directamente, hace unos 150.000 años. Y se instituyó como un proceso orgánico a partir del neolítico, hace unos 10.000 años, cuando el ser humano empezó a construir casas y poblaciones, y a domesticar plantas y animales, proceso que culminó con la tecnociencia de nuestros días.

\ Por medio del trabajo, los seres humanos crearon las culturas como proceso de transformación de sí mismos y de la naturaleza. Se abrió así el camino hacia las ansias de poder y de dominio sobre la naturaleza.[Estas ansias se vieron reforzadas cuando el hombre se sintió desafiado por los obstáculos que encontraba. Aumentó su agresividad y aguzó su ingenio y su habilidad. Empezó a utilizar la razón instrumental-analítica, que es más eficaz para intervenir con profundidad en la naturaleza. Este tipo de razón exige «objetividad», e impone un cierto distanciamiento de la realidad con el fin de estudiarla como un objeto, para acumular experiencias y adueñarse de ella.

\ Hay que insistir en que los «objetos» no son objetos en sí mismos. Es la razón la que los convierte en objetos, pues los aísla de su medio, los separa de otros compañeros de existencia y los utiliza para sus intereses. ¡La «objetividad» es una proyección de la razón. ¡Los llamados «objetos», en realidad, son sujetos que tienen historia, que acumulan e intercambian informaciones y que pertenecen a la comunidad cósmica y terrenal. I

En la medida en que ha avanzado en este afán objetivista y «cosificador», el ser humano ha ido creando los dispositivos que le han permitido ahorrar energías y han incrementado la potencialidad de sus sentidos. Hoy en día, el trabajo lo realizan cada vez más las máquinas, los ordenadores, los autómatas y robots, que sustituyen, en gran medida, el trabajo humano. Surge lo que se ha dado en llamar «cyber-ente» o *cibionte**: el superorganismo híbrido, compuesto de seres humanos, máquinas y redes de información. Así se forma la articulación de lo biológico, lo mecánico y lo electrónico, que constituye la base de nuestras sociedades actuales.

La lógica de «ser-en-el-mundo» según el modo de trabajo configura el situarse *sobre* las cosas para dominarlas y ponerlas al servicio de los intereses personales y colectivos. En el centro de todo se pone el ser humano, dando origen al antropocentrismo. El antropocentrismo instaura una actitud centrada en el ser humano, de modo que las cosas sólo tienen sentido en la medida en que se le someten y satisfacen sus deseos. El ser humano niega a las cosas la relativa autonomía que poseen. Más aún, olvida la relación que el propio ser humano mantiene, lo quiera o no, con la naturaleza y con todas las realidades, por ser parte del todo. Finalmente, ignora que, en definitiva, el sujeto de la vida, de la sensibilidad, de la inteligibilidad y de la capacidad de amar no somos, en primer lugar, nosotros, sino el propio universo, la Tierra. Esta manifiesta su capacidad de sentir, de pensar, de amar y de venerar, a través de nosotros y en nosotros. El antropocentrismo desconoce todas estas imbricaciones.

\ Esa actitud de trabajo-poder sobre el mundo encarna la dimensión de lo masculino en el hombre y en la mujer. Es la dimensión que compartimenta la realidad para conocerla y someterla mejor; emplea el poder o incluso la violencia para alcanzar sus objetivos utilitaristas; se arroja fuera de sí en la aventura del conocimiento y de la conquista de todos los espacios de la Tierra y, hoy en día, del espacio exterior y estelar.; Esta actitud empezó a predominar a partir del neolítico, y actualmente ha alcanzado su punto culminante con la ocupación y «homini-zación» de todo el Planeta.

\b) El «modo-de-ser-cuidado»!

Ti otro «modo-de-ser-en-el-mundo» se realiza por medio del cuidado. El cuidado no se opone al trabajo, pero le confiere una tonalidad diferente, gracias al cuidado dejamos de ver como objetos la naturaleza y todo lo que existe en ella. La relación no es de sujeto-objeto, sino de sujeto-sujeto. Sentimos los seres como sujetos, como valores, como símbolos que remiten a una Realidad fontal. La naturaleza no es muda. Habla y evoca. Emite mensajes de grandeza, belleza, perplejidad y fuerza. El ser

humano puede escuchar e interpretar esas señales. Se pone al pie de las cosas, *junto a* ellas, y se siente unido a ellas. No existe; co-existe con todo lo otro. La relación no es de dominio *sobre*, sino de con-vivencia. No es pura intervención, sino interacción y comunión. \

\Cuidar de las cosas implica tener intimidad con ellas, sentir-las dentro, acogerlas, respetarlas, darles sosiego y reposo. Cuidar es entrar en sintonía con las cosas, auscultar su ritmo y estar en (armonía)con ellas. La razón analítico-instrumental abre camino hacia la razón cordial, el *esprit de finesse*, el espíritu de la delicadeza, el sentimiento profundo. El centro ya no está ocupado por el *logos** razón, sino por el *pathos** sentimiento.

\Este «modo-de-ser-en-el-mundo», en forma de cuidado, permite al ser humano vivir la experiencia fundamental del valor, de aquello que tiene importancia y cuenta definitivamente. No del valor utilitarista, sólo para su uso, sino del valor intrínseco de las cosas. \A partir de ese valor sustantivo surge la dimensión de alteridad, de respeto, de sacralidad, de reciprocidad y de complementariedad.

Todos nos sentimos ligados y re-ligados, unos a otros, formando un todo orgánico único, diverso y siempre incluyente. Ese todo remite al último Eslabón de la cadena, que lo re-liga, sustenta y dinamiza todo. Irrumpe como Valor supremo que se vela y se re-vela en todo. Ese Valor supremo tiene carácter de Misterio, en el sentido de que siempre se anuncia y, a la vez, se oculta. Ese Misterio no infunde miedo; fascina y atrae como un sol. Se deja sentir como un gran Útero acogedor que nos realiza supremamente. También se llama Dios.

\En el «modo-de-ser-cuidado» surgen resistencias y aparece la confusión. Pero todo ello se supera por medio de una paciencia perseverante. En lugar de agresividad, hay convivencia amorosa. En vez de dominación, hay compañía afectuosa, al lado de y junto con el otro.)

El «modo-de-ser-cuidado» revela la dimensión de lo femenino en el hombre y en la mujer. Lo femenino siempre ha estado presente en la historia. Pero en el paleolítico adquirió visibilidad histórica cuando las culturas eran matrifocales* y se vivía una

fusión con la naturaleza. La gente se sentía incorporada al todo. Eran sociedades marcadas por un profundo sentido de lo sagrado del universo y por la reverencia frente al misterio de la vida y de la Tierra. Las mujeres ostentaban la hegemonía histórico-social y daban a lo femenino una expresión tan profunda, que quedó en la memoria permanente de la humanidad a través de grandes símbolos, sueños y arquetipos presentes en la cultura y en el inconsciente colectivo.

i 3. *La dictadura del «modo-de-ser-trabajo» /*

¡El gran desafío para el ser humano es combinar trabajo con cuidado. Estas dos realidades no se oponen, sino que se componen. Se limitan mutuamente y, a la vez, se complementan./ Juntas constituyen la experiencia humana en su integridad, por un lado, vinculada a la materialidad y, por otro, a la espiritualidad.) El error consiste en oponer una dimensión a la otra y no verlas como «modos-de-ser» del único y mismo ser humano. \

iDesde la más remota antigüedad, venimos asistiendo a un drama de nefastas consecuencias: la ruptura entre el trabajo y el cuidado.¡A partir del neolítico, hace 10.000 años, empezó lentamente a predominar el trabajo como búsqueda frenética de eficacia, como agitado afán de producción y ansia irrefrenable de sometimiento de la Tierra.; Los últimos siglos, sin embargo, especialmente a partir del proceso de industrialización del siglo XVIII, se han caracterizado por la dictadura del «modo-de-ser-trabajo» como intervención, producción y dominación. El trabajo ya no se relaciona con la naturaleza (*transformación-plasmación*), sino con el capital (confrontación capital-trabajo, analizada por Marx y Engels). ,El trabajo es ahora trabajo asalariado y no una actividad de transformación de la naturaleza.) La gente vive esclavizada por las estructuras del trabajo productivo, racionalizado, objetivado y despersonalizado, sometida a la lógica de la máquina.

Un fino analista colombiano, Luis Carlos Restrepo, dice, con razón, que todos nos hemos convertido en herederos de Alejan-

NATURALEZA DEL CUIDADO

Acabamos de presentar la estructura de las experiencias humanas axiales que se ocultan tras la fábula-mito de Higino*, con sus respectivos conceptos básicos. Hemos dejado a un lado la figura del cuidado. Ahora es el momento de analizar su naturaleza. Higino no considera el cuidado como una divinidad, sino como personificación de un «modo-de-ser» fundamental. Personificación equivale aquí a divinización en el sentido que hemos dado a las divinidades mitológicas, pues expresan dimensiones radicales de lo humano.

¡En primer lugar^ vamos a describir la fenomenología del cuidado. Por fenomenología entendemos el modo en que cualquier realidad –en nuestro caso, el cuidado– se convierte en un fenómeno para nuestra conciencia, se muestra en nuestra experiencia y se amolda a nuestra práctica. En este sentido, no se trata de pensar y hablar *sobre* el cuidado como objeto independiente de nosotros. Sino de pensar y hablar *a partir* del cuidado tal como se vive y se estructura en nosotros mismos. ¡No *tenemos* cuidado. *Somos* cuidado. Es decir, el cuidado posee una dimensión ontológica* que entra en la constitución del ser humano. Es un «modo-de-ser» característico del hombre y de la niujerASin cuidado dejamos de ser humanos^

lili ¡!l ser y el tiempo, Martin Heidegger (1889-1976), el filósofo del cuidado por excelencia, mostró que realidades tan

fundamentales como el querer y el desear hunden sus raíces en el cuidado esencial. Sólo a partir de la dimensión del cuidado emergen como realizaciones de lo humano.; El cuidado es una estructura ontológica que está siempre en la base de todo lo que el ser humano emprende, proyecta y hace; el cuidado suministra preliminarmente el suelo en el que se mueve toda interpretación del ser humano. Por «estructura ontológica», Heidegger entiende aquello que entra en la definición esencial del ser humano y configura su actividad. Cuando da a entender que el cuidado es el suelo en el que se mueve toda interpretación del ser humano, está afirmando que el cuidado es el fundamento de cualquier interpretación del ser humano. Si no nos basamos en el cuidado no lograremos comprender al ser humano. Es lo que hemos venido diciendo a lo largo y a lo ancho de toda nuestra reflexión y que ahora vamos a desarrollar, j

1. *La etimología de la palabra «cuidado»*

Tal vez una primera aproximación al significado central del término «cuidado» se encuentre en su etimología. Como nos advierten los filósofos, las palabras están preñadas de significados existenciales. En ellas, los seres humanos han acumulado innumerables experiencias, positivas y negativas, experiencias de búsqueda, de encuentro, de certeza, de perplejidad y de inmersión en el Ser. Tenemos que extraer de las palabras su riqueza escondida. Normalmente, las palabras nacen dentro de un nicho de sentido originario y a partir de ahí se desarrollan otros significados afines. Así parece haber ocurrido con el origen de la palabra «cuidado».

[Según los diccionarios etimológicos clásicos¹, el término «cuidado» derivaría del latino *cura*. Esta palabra es un sinónimo

1. Para la filología de la palabra cuidado, es útil consultar las siguientes fuentes: *Cura*, en *Thesaurus Linguae Latinae*, vol. 4, Leipzig, 1909, col. 145 I 1476; Paulys, *Realencyclopaedie der classischen Altertumswissenschaft*, vol. K, Stuttgart, 1901, col. 1773; A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire Ethymologique*

erudito de cuidado, es la que se emplea en la traducción de *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger. En su forma más antigua, *cura* en latín se escribía *coera*, y era utilizada en un contexto de relaciones de amor y de amistad. Expresaba la actitud de cuidado, de desvelo, de inquietud y de preocupación por la persona amada o por un objeto con valor sentimental! j

\Según otros, el término «cuidado» derivaría de *cogitare-cogitatus*, que se corrompe en las formas de *coyedar*, *coidar*, *cuidar*. El sentido de *cogitare-cogitatus* es el mismo que el de «cura»: cogitar, pensar, poner atención, mostrar interés, manifestar una actitud de desvelo y de preocupación! El cuidado sólo surge cuando la existencia de alguien tiene importancia para mí. Paso entonces a dedicarme a él; me dispongo a participar de su destino, de sus búsquedas, de sus sufrimientos y de sus éxitos, en definitiva, de su vida.\«Cuidado» significa, entonces, desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, delicadeza^Como decíamos, estamos frente a una actitud fundamental, un «modo-de-ser» mediante el cual la persona sale de sí y se centra en el otro con desvelo y solicitud. En las lenguas latinas, tenemos la expresión «cura de almas» para referirnos al sacerdote o al pastor cuya misión consiste en cuidar del bien espiritual de la gente y acompañarla en su trayectoria religiosa. Esta tarea se lleva a cabo con cuidado y *esprit de finesse*, como corresponde a las cosas espirituales.

La actitud de cuidado puede provocar preocupación, inquietud y sentido de responsabilidad. Así, por ejemplo, decimos: «ese niño es todo mi cuidado (preocupación)». El padre Antonio Vieira, clásico de la lengua portuguesa, escribe: «éstos son, amigo, todos mis cuidados (mis inquietudes)». Un antiguo proverbio rezaba: «Quien tiene cuidados, no duerme». Los latinos utilizaban la expresión *dolor amoris* (dolor de amor) para expresar

/* /,< I *aligue Laliñe*, Paris, 1939, 245-246; *cuidado*, Caldas Aulete, *Dicionário i 'ontmtlHmhwa ila Lincita Portuguesa*, Edigões Delta, Rio de Janeiro, 1985; AIII iioi NUM rutes, *Dicionário Etimológico resumido*, Instituto Nacional do Livro, Kiu 'I' Janeiro, 1966; AntAnio (jcnildo da Quilín, *Dicionário Etimológico ' IfiVil ' mil/t Ira thi I inulta l'inliinĩrsa*, Nov; i l'mnieira, Rio de Janeiro, 1991.

la atención, la inquietud y el cuidado para con la persona amada. O también: «dejé a mi hijo al cuidado del director de la escuela» (lo puse bajo su responsabilidad).

\ Por su propia naturaleza, el término «cuidado» incluye entonces dos significados básicos, íntimamente vinculados entre sí. El primero, la actitud de desvelo, de solicitud y de atención hacia el otro. El segundo, la actitud de preocupación y de inquietud, porque la persona que tiene cuidado se siente implicada y vinculada afectivamente al otro, j

Con razón, el gran poeta latino Horacio (65-8 a.C.) observó que «el cuidado es el permanente compañero del ser humano». Es decir, el cuidado siempre acompaña al ser humano porque éste nunca dejará de amar y de desvelarse por alguien (primer sentido), ni dejará de preocuparse y de inquietarse por la persona amada (segundo sentido). Si no fuera así, no se sentiría comprometido con ella y mostraría negligencia y dejadez con respecto a su vida y su destino. Finalmente, mostraría indiferencia, que es la muerte del amor y del cuidado.

I 2. Dos «modos-de-ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado

Los dos significados básicos que resultan del análisis etimológico nos confirman la idea de que el cuidado es más que un acto individual o que una virtud al lado de otras. Es un «modo-de-ser»; a saber, la forma en que la persona se estructura y realiza en el mundo con los otros. O, mejor aún: es un «modo-de-ser-en-el-mundo» que funda las relaciones que se establecen con todas las cosas.]

Cuando decimos «ser-en-el-mundo», no expresamos una determinación geográfica, como «estar en la naturaleza», junto a las plantas, los animales y otros seres humanos. Esto puede estar incluido, ^pero el significado de la expresión «ser-en-el-mundo» es más amplio. Significa una forma de ex-istir y de co-existir, de estar presente, de navegar por la realidad y de relacionarse con todas las cosas del mundo.; En esa co-existencia y con-vivencia, en esa navegación y en ese juego de relaciones, el

ser humano va construyendo su propio ser, su auto-conciencia y su propia identidad.

Fundamentalmente,¹ hay dos maneras básicas de «ser-en-el-mundo»: el trabajo y el cuidado; Aquí emerge el proceso de construcción de la realidad humana.

a) El «modo-de-ser-trabajo»

El «modo-de-ser-en-el-mundo» por medio del trabajo se da en la forma de inter-acción y de intervención. El ser humano no está biológicamente dormido con respecto a la naturaleza. Por el contrario, inter-actúa con ella, procura conocer sus leyes y sus ritmos, e interviene en ella para hacer que la vida sea más cómoda. Esto lo hace a través del trabajo. Mediante el trabajo construye su «hábitat», adapta el medio a sus deseos y ajusta sus deseos al medio. Con el trabajo prolonga la evolución e introduce realidades que, posiblemente, la evolución nunca acabaría produciendo, como un edificio, una ciudad, un automóvil, una red de comunicación por radio y televisión. Por medio del trabajo participa en la dirección del proceso evolutivo, haciendo que la naturaleza y la sociedad con sus organizaciones, sistemas y aparatos tecnológicos entren en simbiosis y co-evolucionen juntos./

En cierta forma, el trabajo está presente en el dinamismo de la misma naturaleza. Una planta o un animal también trabaja en la medida en que inter-actúa con el medio, intercambia informaciones, se muestra flexible y se adapta con vistas a la supervivencia. En el ser humano, sin embargo, el trabajo se convierte en «modo-de-ser» consciente y asume la condición de proyecto y estrategia con sus tácticas de modelado de sí mismo y de la naturaleza.

\ Primitivamente, el trabajo era más inter-acción que intervención, pues el ser humano trataba la naturaleza con veneración. Sólo utilizaba aquello que necesitaba para sobrevivir y hacer su existencia más segura y placentera.]

El proceso de intervención en la naturaleza empezó a partir del *Homo habilis*, hace entre 1,6 y 2 millones de años, cuando

se inventó la herramienta... Se convirtió f.n una constante a partir del *Homo sapiens*, del que descendemos directamente, hace unos 150.000 años. Y se instituyó como un proceso orgánico a partir del neolítico, hace unos 10.000 años, cuando el ser humano empezó a construir casas y poblaciones, y a domesticar plantas y animales, proceso que culminó con la tecnociencia de nuestros días.

\ Por medio del trabajo, los seres humanos crearon las culturas como proceso de transformación de sí mismos y de la naturaleza. Se abrió así el camino hacia las ansias de poder y de dominio sobre la naturaleza.[Estas ansias se vieron reforzadas cuando el hombre se sintió desafiado por los obstáculos que encontraba. Aumentó su agresividad y aguzó su ingenio y su habilidad. Empezó a utilizar la razón instrumental-analítica, que es más eficaz para intervenir con profundidad en la naturaleza. Este tipo de razón exige «objetividad», e impone un cierto distanciamiento de la realidad con el fin de estudiarla como un objeto, para acumular experiencias y adueñarse de ella.

\ Hay que insistir en que los «objetos» no son objetos en sí mismos. Es la razón la que los convierte en objetos, pues los aísla de su medio, los separa de otros compañeros de existencia y los utiliza para sus intereses. ¡La «objetividad» es una proyección de la razón. ¡Los llamados «objetos», en realidad, son sujetos que tienen historia, que acumulan e intercambian informaciones y que pertenecen a la comunidad cósmica y terrenal. I

En la medida en que ha avanzado en este afán objetivista y «cosificador», el ser humano ha ido creando los dispositivos que le han permitido ahorrar energías y han incrementado la potencialidad de sus sentidos. Hoy en día, el trabajo lo realizan cada vez más las máquinas, los ordenadores, los autómatas y robots, que sustituyen, en gran medida, el trabajo humano. Surge lo que se ha dado en llamar «cyber-ente» o *cibionte**: el superorganismo híbrido, compuesto de seres humanos, máquinas y redes de información. Así se forma la articulación de lo biológico, lo mecánico y lo electrónico, que constituye la base de nuestras sociedades actuales.

La lógica de «ser-en-el-mundo» según el modo de trabajo configura el situarse *sobre* las cosas para dominarlas y ponerlas al servicio de los intereses personales y colectivos. En el centro de todo se pone el ser humano, dando origen al antropocentrismo. El antropocentrismo instaura una actitud centrada en el ser humano, de modo que las cosas sólo tienen sentido en la medida en que se le someten y satisfacen sus deseos. El ser humano niega a las cosas la relativa autonomía que poseen. Más aún, olvida la relación que el propio ser humano mantiene, lo quiera o no, con la naturaleza y con todas las realidades, por ser parte del todo. Finalmente, ignora que, en definitiva, el sujeto de la vida, de la sensibilidad, de la inteligibilidad y de la capacidad de amar no somos, en primer lugar, nosotros, sino el propio universo, la Tierra. Esta manifiesta su capacidad de sentir, de pensar, de amar y de venerar, a través de nosotros y en nosotros. El antropocentrismo desconoce todas estas imbricaciones.

\ Esa actitud de trabajo-poder sobre el mundo encarna la dimensión de lo masculino en el hombre y en la mujer. Es la dimensión que compartimenta la realidad para conocerla y someterla mejor; emplea el poder o incluso la violencia para alcanzar sus objetivos utilitaristas; se arroja fuera de sí en la aventura del conocimiento y de la conquista de todos los espacios de la Tierra y, hoy en día, del espacio exterior y estelar.; Esta actitud empezó a predominar a partir del neolítico, y actualmente ha alcanzado su punto culminante con la ocupación y «homini-zación» de todo el Planeta.

\b) El «modo-de-ser-cuidado»!

Ti otro «modo-de-ser-en-el-mundo» se realiza por medio del cuidado. El cuidado no se opone al trabajo, pero le confiere una tonalidad diferente, gracias al cuidado dejamos de ver como objetos la naturaleza y todo lo que existe en ella. La relación no es de sujeto-objeto, sino de sujeto-sujeto. Sentimos los seres como sujetos, como valores, como símbolos que remiten a una Realidad fontal. La naturaleza no es muda. Habla y evoca. Emite mensajes de grandeza, belleza, perplejidad y fuerza. El ser

humano puede escuchar e interpretar esas señales. Se pone al pie de las cosas, *junto a* ellas, y se siente unido a ellas. No existe; co-existe con todo lo otro. La relación no es de dominio *sobre*, sino de con-vivencia. No es pura intervención, sino interacción y comunión. \

\Cuidar de las cosas implica tener intimidad con ellas, sentir-las dentro, acogerlas, respetarlas, darles sosiego y reposo. Cuidar es entrar en sintonía con las cosas, auscultar su ritmo y estar en (armonía)con ellas. La razón analítico-instrumental abre camino hacia la razón cordial, el *esprit de finesse*, el espíritu de la delicadeza, el sentimiento profundo. El centro ya no está ocupado por el *logos** razón, sino por el *pathos** sentimiento.

\Este «modo-de-ser-en-el-mundo», en forma de cuidado, permite al ser humano vivir la experiencia fundamental del valor, de aquello que tiene importancia y cuenta definitivamente. No del valor utilitarista, sólo para su uso, sino del valor intrínseco de las cosas. \A partir de ese valor sustantivo surge la dimensión de alteridad, de respeto, de sacralidad, de reciprocidad y de complementariedad.

Todos nos sentimos ligados y re-ligados, unos a otros, formando un todo orgánico único, diverso y siempre incluyente. Ese todo remite al último Eslabón de la cadena, que lo re-liga, sustenta y dinamiza todo. Irrumpe como Valor supremo que se vela y se re-vela en todo. Ese Valor supremo tiene carácter de Misterio, en el sentido de que siempre se anuncia y, a la vez, se oculta. Ese Misterio no infunde miedo; fascina y atrae como un sol. Se deja sentir como un gran Útero acogedor que nos realiza supremamente. También se llama Dios.

\En el «modo-de-ser-cuidado» surgen resistencias y aparece la confusión. Pero todo ello se supera por medio de una paciencia perseverante. En lugar de agresividad, hay convivencia amorosa. En vez de dominación, hay compañía afectuosa, al lado de y junto con el otro.)

El «modo-de-ser-cuidado» revela la dimensión de lo femenino en el hombre y en la mujer. Lo femenino siempre ha estado presente en la historia. Pero en el paleolítico adquirió visibilidad histórica cuando las culturas eran matrifocales* y se vivía una

fusión con la naturaleza. La gente se sentía incorporada al todo. Eran sociedades marcadas por un profundo sentido de lo sagrado del universo y por la reverencia frente al misterio de la vida y de la Tierra. Las mujeres ostentaban la hegemonía histórico-social y daban a lo femenino una expresión tan profunda, que quedó en la memoria permanente de la humanidad a través de grandes símbolos, sueños y arquetipos presentes en la cultura y en el inconsciente colectivo.

i 3. *La dictadura del «modo-de-ser-trabajo» /*

¡El gran desafío para el ser humano es combinar trabajo con cuidado. Estas dos realidades no se oponen, sino que se componen. Se limitan mutuamente y, a la vez, se complementan./ Juntas constituyen la experiencia humana en su integridad, por un lado, vinculada a la materialidad y, por otro, a la espiritualidad.) El error consiste en oponer una dimensión a la otra y no verlas como «modos-de-ser» del único y mismo ser humano. \

iDesde la más remota antigüedad, venimos asistiendo a un drama de nefastas consecuencias: la ruptura entre el trabajo y el cuidado.¡A partir del neolítico, hace 10.000 años, empezó lentamente a predominar el trabajo como búsqueda frenética de eficacia, como agitado afán de producción y ansia irrefrenable de sometimiento de la Tierra.; Los últimos siglos, sin embargo, especialmente a partir del proceso de industrialización del siglo XVIII, se han caracterizado por la dictadura del «modo-de-ser-trabajo» como intervención, producción y dominación. El trabajo ya no se relaciona con la naturaleza (*transformación-plasmación*), sino con el capital (confrontación capital-trabajo, analizada por Marx y Engels). ,El trabajo es ahora trabajo asalariado y no una actividad de transformación de la naturaleza.) La gente vive esclavizada por las estructuras del trabajo productivo, racionalizado, objetivado y despersonalizado, sometida a la lógica de la máquina.

Un fino analista colombiano, Luis Carlos Restrepo, dice, con razón, que todos nos hemos convertido en herederos de Alejan-

dro Magno (356-323 a.C.), el arquetipo del guerrero y del conquistador. En efecto, la ideología latente en el «modo-de-ser-trabajo-dominación» persigue la conquista del otro, del mundo, de la naturaleza, en forma de sometimiento puro y simple. Este «modo-de-ser» mata la ternura, liquida el cuidado y hiere la esencia humana.

¡Por eso, la dictadura del «modo-de-ser-trabajo-dominación» masculinizó las relaciones y dio lugar al antropocentrismo, al androcentrismo*, al patriarcalismo y al machismo. Andamos a vueltas con expresiones patológicas de lo masculino desconectado de lo femenino, el *ánimus** sobrepuesto al *ánima**. j

'El cuidado ha sido difamado como feminización de las prácticas humanas, como estorbo para la objetividad en la comprensión, y como obstáculo para la eficacia. ^La dictadura del «modo-de-ser-trabajo-dominación» está conduciendo actualmente a la humanidad a una encrucijda: ¿o ponemos límites a la voracidad productivista, asociando trabajo y cuidado, o nos encaminamos hacia lo peor. ¡La exasperación del trabajo productivo ha agotado recursos no renovables de la naturaleza y ha roto los equilibrios físico-químicos de la Tierra. ¡La sociabilidad entre los humanos se ha visto quebrada por la dominación de unos pueblos sobre otros y por la reñida lucha de clases.. En el ser humano no se ve sino su fuerza de trabajo, que hay que vender y explotar, o su capacidad de producción y de consumo. Cada vez más gente, en realidad 2/3 de la humanidad, está condenada a una vida totalmente insostenible. Se ha perdido la visión del ser humano como ser de relaciones ilimitadas, ser de creatividad, de ternura, de cuidado, de espiritualidad, depositario de un proyecto sagrado e infinito.

Él «modo-de-ser-en-el-mundo» exclusivamente como trabajo puede destruir el planeta. De ahí la urgencia actual de rescatar el «modo-de-ser-cuidado», como su correctivo indispensable. Entonces puede surgir el cibionte, aquel ser que entra en simbiosis con la máquina, no para someterse a ella, sino para mejorar su vida y su ambiente.

dro Magno (356-323 a.C.), el arquetipo del guerrero y del conquistador. En efecto, la ideología latente en el «modo-de-ser-trabajo-dominación» persigue la conquista del otro, del mundo, de la naturaleza, en forma de sometimiento puro y simple. Este «modo-de-ser» mata la ternura, liquida el cuidado y hiere la esencia humana.

¡Por eso, la dictadura del «modo-de-ser-trabajo-dominación» masculinizó las relaciones y dio lugar al antropocentrismo, al androcentrismo*, al patriarcalismo y al machismo. Andamos a vueltas con expresiones patológicas de lo masculino desconectado de lo femenino, el *ánimus** sobrepuesto al *ánima**. j

'El cuidado ha sido difamado como feminización de las prácticas humanas, como estorbo para la objetividad en la comprensión, y como obstáculo para la eficacia. ^La dictadura del «modo-de-ser-trabajo-dominación» está conduciendo actualmente a la humanidad a una encrucijda: ¿o ponemos límites a la voracidad productivista, asociando trabajo y cuidado, o nos encaminamos hacia lo peor. ¡La exasperación del trabajo productivo ha agotado recursos no renovables de la naturaleza y ha roto los equilibrios físico-químicos de la Tierra. ¡La sociabilidad entre los humanos se ha visto quebrada por la dominación de unos pueblos sobre otros y por la reñida lucha de clases.. En el ser humano no se ve sino su fuerza de trabajo, que hay que vender y explotar, o su capacidad de producción y de consumo. Cada vez más gente, en realidad 2/3 de la humanidad, está condenada a una vida totalmente insostenible. Se ha perdido la visión del ser humano como ser de relaciones ilimitadas, ser de creatividad, de ternura, de cuidado, de espiritualidad, depositario de un proyecto sagrado e infinito.

Él «modo-de-ser-en-el-mundo» exclusivamente como trabajo puede destruir el planeta. De ahí la urgencia actual de rescatar el «modo-de-ser-cuidado», como su correctivo indispensable. Entonces puede surgir el cibionte, aquel ser que entra en simbiosis con la máquina, no para someterse a ella, sino para mejorar su vida y su ambiente.

4. *La recuperación del «modo-de-ser-cuidado»**

\ La recuperación del cuidado no tiene lugar a costa del trabajo, sino mediante una forma diferente de entender y de realizar el trabajo. Para ello, el ser humano necesita volver sobre sí mismo y descubrir su «modo-de-ser-cuidado»^{7j}

Retomemos, pues, la reflexión sobre la naturaleza del cuidado esencial. La puerta de entrada no puede ser la razón calculadora, analítica y objetivante, ya que nos llevaría al «trabajo-intervención-producción», y ahí nos haría prisioneros. Las máquinas y los ordenadores son más eficaces que nosotros en la utilización de este tipo de «razón-trabajo».

\ Hay algo en los seres humanos que no se encuentra en las máquinas, algo que surgió hace millones de años en el proceso evolutivo, cuando aparecieron los mamíferos a cuya especie pertenecemos: el sentimiento, la capacidad de emocionarse, de implicarse, de afectar y de sentirse afectado. J

Un ordenador y un robot no son capaces de cuidar del medio ambiente, de llorar las desgracias de los otros y de alegrarse con la alegría del amigo. Un ordenador no tiene corazón./

Sólo nosotros, los humanos, podemos sentarnos a la mesa con el amigo frustrado, ponerle la mano en el hombro, tomar con él un vaso de cerveza y darle consuelo y esperanza. [Construimos el mundo a partir de lazos afectivos.. Esos lazos hacen que las personas y las situaciones se vuelvan preciosas, portadoras de valor. Nos preocupamos por ellas. Les dedicamos tiempo. Sentimos responsabilidad por el vínculo que se ha establecido entre nosotros y los demás. La categoría cuidado recoge todo ese «modo-de-ser». Muestra cómo funcionamos en tanto que seres humanos.

Así vemos que el dato originario no es el *logos*, la razón y las estructuras de comprensión, sino el *pathos*, el sentimiento, la capacidad de simpatía y empatía, la dedicación, el cuidado y la comunión con lo diferente. Todo empieza con el sentimiento. j El sentimiento nos vuelve sensibles a lo que nos rodea, hace que nos guste o nos disguste. El sentimiento nos une a las cosas y liace que nos impliquemos con las personas. El sentimiento pro-

duce encanto ante la grandeza de los cielos, suscita veneración ante la complejidad de la Madre Tierra y alimenta ternura ante la fragilidad de un recién nacido.

Recordemos la famosa frase del *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, que ha calado en la conciencia colectiva de millones de lectores: «No se ve bien sino con el corazón (sentimiento). Lo esencial es invisible a los ojos»¹. El sentimiento es lo que hace que personas, cosas y situaciones sean importantes para nosotros. Ese sentimiento profundo, repetimos, se llama cuidado. ¡Sólo aquello que ha pasado por una emoción, que ha evocado en nosotros un sentimiento profundo y que nos ha movido a cuidado, deja señales indelebles y permanece definitivamente.

La reflexión contemporánea ha rescatado la centralidad del sentimiento y la importancia de la ternura, de la compasión y del cuidado, especialmente a partir de la psicología profunda de Freud, Jung, Adler, Rogers y Hillman, y, actualmente, a partir de la biología genética y de las implicaciones antropológicas de la física cuántica de Niels Bohr (1885-1962) y de Werner Heisenberg (1901-1976).)

Más que el cartesiano *cogito, ergo sum* (pienso, luego existo), vale el *sintió, ergo sum*: siento, luego existo. El libro de Daniel Goleman *Inteligencia Emocional* se ha convertido en un *best-seller* mundial porque, basándose en investigaciones empíricas sobre el cerebro y la neurología, ha mostrado aquello que Platón (427-347 a.C.), san Agustín (354-430), la escuela franciscana medieval con san Buenaventura y Duns Escoto en el siglo XIII, Pascal (1623-1662), Schleiermacher (1768-1834) y Heidegger (1889-1976) enseñaron hace ya mucho tiempo: que la dinámica básica del ser humano es el *pathos*, es el sentimiento, es el cuidado, es la lógica del corazón. «La mente racional – concluye Goleman – invierte algo más de tiempo que la mente emocional en registrar y responder a una determinada situación; el "primer impulso" ante cualquier situación emocional procede del corazón, no de la cabeza»².

1. Alianza, Madrid, 2002, p. 87.

2. Círculo de Lectores, Barcelona, 1997, Apéndice B, p. 479.

Ahora estamos en mejores condiciones para entender, en profundidad, la fábula-mito de Higinio sobre el cuidado. El cuidado es tan esencial, que es anterior al espíritu infundido por Júpiter y al cuerpo proporcionado por la Tierra. Por lo tanto, la concepción del ser humano como compuesto de espíritu-cuerpo no es originaria. La fábula dice que el cuidado fue el primero, el que modeló al ser humano. El cuidado se encuentra antes, es un *a priori* ontológico, está en el origen de la existencia del ser humano. Y ese origen no es sólo un principio temporal. El origen tiene un sentido filosófico de fuente de donde brota permanentemente el ser. Por lo tanto, significa que el cuidado constituye, en la existencia humana, una energía que brota con fuerza, ininterrumpidamente, en todo momento y circunstancia. El cuidado es aquella fuerza originante que el ser humano hace surgir continuamente. Sin ella, no sería más que un pedazo de arcilla como cualquier otro, a la orilla del río, o un espíritu angelical desencarnado y fuera del tiempo histórico.

Fue con cuidado como Cuidado modeló al ser humano. Puso en ello empeño, dedicación, ternura, devoción, sentimiento y corazón. Y, de este modo, asumió una responsabilidad, surgió la preocupación por el ser que había modelado. Esas dimensiones, verdaderos principios constituyentes, entraron en la composición del ser humano. Se convirtieron en carne y sangre. Sin tales dimensiones, el ser humano nunca sería humano. Por eso, la fábula-mito de Higinio termina insistiendo en que Cuidado acompañará al ser humano durante toda su vida, a lo largo de todo su recorrido temporal en el mundo.

Un psicoanalista sensible al drama de la civilización moderna, como es el norteamericano Rollo May, comentaba: «Nuestra situación es la siguiente: en la actual confusión de episodios racionalistas y técnicos perdemos de vista y nos despreocupamos del ser humano; hay que volver ahora humildemente al simple cuidado...; es el mito del cuidado —y muchas veces creo que solamente él— lo que nos permite resistir al cinismo y a la apatía, que son las enfermedades psicológicas de nuestro tiempo».

| Lo que necesita nuestra civilización es superar la dictadura del «modo-de-ser-trabajo-producción-dominación»?/Esta nos

mantiene prisioneros de una lógica que hoy se muestra destructiva de la Tierra y de sus recursos, de las relaciones entre los pueblos, de las interacciones entre capital y trabajo, de la espiritualidad y de nuestro sentido de pertenencia a un destino común. Liberados de los trabajos extenuantes y deshumanizadores, ahora realizados por máquinas automáticas, podremos recuperar el trabajo en su sentido antropológico originario, como transformación de la naturaleza y como actividad creativa, trabajo capaz de hacer que el ser humano se realice y de construir sentidos capaces de integrar cada vez más la dinámica de la naturaleza y del universo.

\ Hay que poner cuidado en todo. Para eso urge desarrollar la dimensión de *ánima* que tenemos dentro. Eso significa reconocer pleno derecho a nuestra capacidad de sentir al otro, de tener compasión de todos los seres que sufren, humanos y no humanos, de obedecer más la lógica del corazón, de la cordialidad y de la delicadeza que la lógica de la conquista y del uso utilitario de las cosas. (

Admitir la centralidad del cuidado no significa dejar de trabajar y de intervenir en el mundo. Significa renunciar a la sed de poder que reduce todo a objetos desconectados de la subjetividad humana. Significa rechazar todo despotismo y toda dominación. Significa imponer límites a la obsesión por la eficacia a cualquier precio. Significa derrocar la dictadura de la racionalidad fría y abstracta para dar lugar al cuidado. Significa organizar el trabajo en sintonía con la naturaleza, sus ritmos y sus indicaciones. Significa respetar la comunión que todas las cosas mantienen entre sí y con nosotros. Significa poner el interés colectivo de la sociedad y de la comunidad biótica y terrenal por encima de los intereses exclusivamente humanos. Significa ponerse al lado y al pie de cada cosa que queremos transformar, para que no sufra, no sea desarraigada de su hábitat y pueda mantener las condiciones que le permitan desarrollarse y co-evolucionar* junto con sus ecosistemas* y con la misma Tierra. Significa captar la presencia del Espíritu más allá de nuestros límites humanos, en el universo, en las plantas, en los organismos vivos, en los grandes simios, gorilas, chimpancés y orangu

tañes, portadores también de sentimientos, de lenguajes y de hábitos culturales semejantes a los nuestros.

[Estos son los antidotos para el sentimiento de abandono que experimentan los pobres y los ancianos. Estas son las medicinas contra el descuido que denuncian, ante la mayoría de las instituciones públicas, los excluidos, los desempleados, los jubilados, los ancianos y los jóvenes. Esas instituciones se preocupan cada vez menos por el ser humano, y se ocupan cada vez más de la economía, de las bolsas, de los intereses y del crecimiento ilimitado de bienes y servicios materiales de los que se apropian las clases privilegiadas a costa de la dignidad y de la compasión necesarias en vista de las carencias de las grandes mayorías... Este es el remedio que podrá impedir la devastación de la biosfera y la amenaza del frágil equilibrio de Gaia*. Este es el «modo-de-ser» que rescata nuestra humanidad más esencial.

Bibliografía

- Boff, L., *O princípio-Terra. Voita á pátria común*, Ática, Sao Paulo, 1995.
- Boff, L., *El destino del hombre y del mundo*, Sal Terrae, Santander, 1985.
- Boff, L., *El rostro materno de Dios*, San Pablo, Madrid, 1991.
- Buytendijk, J. F. F., *La mujer: naturaleza, apariencia, existencia*, Revista de Occidente, Madrid, 1970.
- Capra, F., *El tao de la física*, Luis Cárcamo, Madrid, 1984.
- Cavalieri, P. y Singer, P. (eds.), *El proyecto «Gran Simio» - La igualdad más allá de la humanidad*, Trotta, Madrid, 1998.
- Giddens, A., *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Goleman, D., *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 1996.
- Habermas, J., *Conocimiento e interés*, Universidad de Valencia, Valencia, 1997.
- Heidegger, M., *El Ser y el tiempo*, FCE, Madrid, 2000 (todo el sexto capítulo, dedicado a la cura-cuidado).
- Maturana, H. y Varela, F., *El árbol del coitocimiento*, Debate, Madrid, 1996.
- Maturana, H., *La realidad, ¿objetiva o construida?*, Anthropos, Barcelona, 1999.

- May, R., *Amor y voluntad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
- Restrepo, L. C., *El derecho a la ternura*, Península, Barcelona, 1997.
- Rosnay, J. de, *El hombre simbiótico*, Cátedra, Madrid, 1996.
- Sagan, C., *Un punto azul pálido*, Planeta, Barcelona, 1995.
- Smart, J. J. C., *Nuestro lugar en el universo*, Tecnos, Madrid, 1992.
- Teilhard de Chardin, P., *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid, 1984.
- Touraine, A., *Crítica de la Modernidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.
- Vattimo, G., *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Barcelona, 1987.

REPERCUSIONES DEL CUIDADO *

El cuidado como «modo-de-ser» llena toda la existencia humana y resuena en diversas actitudes importantes. A través de él, las dimensiones de Cielo (transcendencia) y de Tierra (inmanencia) buscan su equilibrio y coexistencia. \Esto esta presente en todo el reino de los seres vivos, pues toda vida necesita cuidado, de lo contrario enferma y muere.^Tomemos el ejemplo del *tucunaré*, uno de nuestros más preciados pescados. El padre y la madre tienen mucho cuidado con sus crías (alevines). Hacen la hura, excavando un hueco en el fondo del río, y se ponen a nadar siempre a su alrededor para protegerlos. Cuando prueban a salir, los acompañan con cuidado y les ponen en guardia para que no se dispersen. Ante el más mínimo riesgo, las crías vuelven todas juntas a la hura, guiadas por sus padres. Los que se quedan atrás son recogidos cuidadosamente en la boca de sus padres y devueltos al grupo.

Vamos a enumerar algunas de las numerosas realidades en las que resuena el cuidado. Se trata de conceptos afines que se desprenden del cuidado y lo concretan de distintas maneras. Vamos a fijarnos especialmente en estas siete: el amor como fenómeno biológico, la justa medida, la ternura, la caricia, la amabilidad, la convivencialidad y la compasión. También se podrían añadir la sinergia*, la hospitalidad, la cortesía y la delicadeza, pero éstas estarán implícitas en las que vamos a tratar.

I 1. *El amor como fenómeno biológico*

«Amor» es una de las palabras más gastadas de nuestra lengua. Y, como fenómeno interpersonal, uno de los más castigados. Vamos a abordar el tema del amor desde la óptica fecunda de uno de los principales biólogos contemporáneos, el chileno Humberto Maturana. En sus reflexiones, considera el amor como un fenómeno biológico, que tiene lugar dentro del dinamismo de la vida, desde sus realizaciones más primarias, hace miles de millones de años, hasta las más complejas en el ámbito humano. Veamos cómo entra el amor en el universo.

En la naturaleza los seres pueden adaptarse al medio de dos modos, uno necesario y otro espontáneo. El primero, el necesario, hace que todos los seres estén interconectados unos a otros y encajados en sus respectivos ecosistemas, quedando garantizada la supervivencia, pero hay otro modo de adaptación que se realiza espontáneamente. Los seres interactúan no por supervivencia sino por puro placer, en el curso de su vida. Se trata de acoplamientos dinámicos y recíprocos entre los seres vivos y los sistemas orgánicos. Carecen de justificación. Suceden porque sí. Es un acontecimiento original de la vida, puramente gratuito.

Cuando uno acoge al otro y así se realiza la coexistencia, surge el amor como fenómeno biológico. Este tiende a expandirse y a adquirir formas más complejas. Una de estas formas es la humana, que no es simplemente espontánea, como en los otros seres vivos; es un proyecto de la libertad que acoge conscientemente al otro y crea condiciones para que el amor se instaure como el más alto valor de la vida.

De esta derivación surge el amor ampliado que es la socialización. El amor es el fundamento del fenómeno social y no una consecuencia del mismo. En otras palabras, es el amor lo que origina la sociedad; la sociedad existe porque existe el amor y no al contrario, como suele creerse. Si falta el amor (el fundamento), se destruye lo social. Si, no obstante, lo social persiste, adquiere la forma de agregación forzada, de dominación y de violencia de unos contra otros, obligados a convivir. Por eso,

siempre que se destruye la unión y la concordia entre los seres, se destruye el amor y también la sociabilidad. El amor es siempre una apertura hacia el otro, convivencia y comunión con él.

No ha sido la lucha por la supervivencia del más fuerte lo que ha garantizado la continuidad de la vida y de los individuos hasta hoy, sino la cooperación y la coexistencia entre ellos. Los homínidos de hace millones de años se hicieron humanos en la medida en que compartieron entre ellos, cada vez más, los resultados de la cosecha y de la caza, así como su afecto. El lenguaje mismo, que caracteriza al ser humano, surgió en el interior de este dinamismo de amor y de compartir.

La competencia, subraya Maturana, es antisocial, tanto en el presente como en el pasado, porque implica la negación del otro, la negativa a compartir y a amar. La sociedad moderna neoliberal, y especialmente el mercado, se basan en la competitividad. Por eso esta sociedad es excluyente e inhumana, y causa tantas víctimas. Esta lógica impide que sea portadora de felicidad y de futuro para la humanidad y para la Tierra.

¿Cómo se puede describir con exactitud el amor humano? Maturana responde: «lo que es especialmente humano en el amor no es el amor, sino lo que hacemos en el amor en cuanto humanos [...] Es nuestra manera particular de vivir juntos como seres sociales en el lenguaje [...] Sin amor no somos seres sociales».

El amor es un fenómeno cósmico y biológico. Al alcanzar el nivel humano, el amor se manifiesta como un proyecto de libertad, como una gran fuerza de cohesión, de simpatía y de solidaridad. La gente se une y recrea por medio del lenguaje de amor el sentimiento de afecto y de pertenencia a un mismo destino y a un mismo camino histórico.

Sin el cuidado esencial, la unión del amor no tiene lugar, no se conserva, no se extiende, ni permite la comunicación entre los seres. Sin el cuidado no existe un ambiente propicio para el florecimiento de aquello que humaniza verdaderamente: el sentimiento profundo, las ganas de compartir y la búsqueda del amor.

2. *La regla de oro: la justa medida*

En el capítulo anterior abordamos la cuestión de la justa medida entre el «modo-de-ser-trabajo» y el «modo-de-ser-cuidado». Hemos constatado el profundo desequilibrio de la cultura mundializada bajo la dictadura del «modo-de-ser-trabajo». La cuestión es: ¿cuánto cuidado hemos de aportar para recuperar el equilibrio perdido? He aquí una cuestión fundamental para la teoría y la práctica.

Partimos de una primera constatación: el sentido de la medida se encuentra en muchos campos, que van desde la geometría hasta la religión. Pero es especialmente en el campo de la ética donde la justa medida adquiere importancia fundamental. Se trata de encontrar el *óptimo relativo*, el equilibrio entre el más y el menos.

Por un lado, la medida se siente de forma negativa como un límite a nuestras aspiraciones. De ahí nace el deseo e incluso el placer de sobrepasar el límite y de violar lo prohibido. Por otro lado, se siente de forma positiva como la capacidad de emplear, de forma moderada, capacidades naturales, sociales y personales para que puedan durar más y reproducirse. Esto sólo es posible cuando se establece un cierto equilibrio y una justa medida. La justa medida se alcanza a través del reconocimiento realista, de la aceptación humilde y de la óptima utilización de los límites, confiriendo sostenibilidad a todos los fenómenos y procesos, a la Tierra, a las sociedades y a las personas.

La búsqueda de un equilibrio es especialmente intensa en las culturas de la cuenca mediterránea, particularmente entre los egipcios, los griegos, los israelitas y los latinos. Se ha llegado incluso a decir que este ámbito es el de la cultura de la medida y también de la desmesura, porque se forjaron las ideologías más desmedidas y tuvieron lugar las guerras más encarnizadas. Esta búsqueda constituye la preocupación central del budismo y de la filosofía ecológica del *Feng Shui** chino. En todos los casos, el símbolo que representaba este equilibrio era la balanza y las correspondientes divinidades tutelares.

La búsqueda de la medida está rodeada de preguntas espinosas que no deben obviarse, tales como:

- ¿Cuál es la medida justa?
- ¿Quién establece la medida justa?
- ¿En virtud de qué fuentes de conocimiento se establece la medida justa?
- ¿No depende la medida de las culturas, de las situaciones históricas diferentes y de la subjetividad humana personal y colectiva?
- ¿Quién es responsable de que se cumpla la justa medida establecida?

No pretendemos responder a cada una de estas preguntas, pues nos llevaría muy lejos. Pero intentaremos hacer una reflexión que las englobe mínimamente.

Muchos son los caminos que se han seguido para establecer una justa medida. Generalmente se apoyaban en un único pilar: se partía solamente de la naturaleza, o sólo de la razón universal, o únicamente de las ciencias empíricas, o solamente de la sabiduría popular, o únicamente de las religiones, o solamente de la revelación divina contenida en los textos sagrados de la tradición judeocristiana, de los Upanishad* o del taoísmo*.

Hoy estamos cada vez más convencidos de que nada puede reducirse a una única causa (monocausalidad) o a un único factor, pues nada es lineal y sencillo. Todo es complejo y consiste en un entramado de «inter-retro-relaciones» y de redes de inclusiones. Por eso tenemos que articular los diversos pilares que sujetan el puente que podrá llevarnos a soluciones más integradoras, ya que todos ellos aportan alguna luz y comunican alguna verdad. La sabiduría consiste en ver cada parte dentro de un todo articulado, como un precioso mosaico compuesto por miles de teselas o un deslumbrante bordado hecho de mil hilos de colores.

a) Medida justa y naturaleza

Por naturaleza entendemos el conjunto de los seres orgánicos e inorgánicos, las energías y los campos energéticos y morfogenéticos que existen organizados en sistemas dentro de otros sistemas mayores, afectados o no por la intervención humana, que

constituyen un todo orgánico, dinámico y en busca de un equilibrio. El ser humano es parte y fragmento de la naturaleza, y mantiene con ella una sofisticada red de relaciones que le permiten pilotar el proceso de evolución junto con las fuerzas rectoras de la Tierra.

La naturaleza es una realidad tan compleja y vasta que no puede encerrarse en ninguna definición. Qué sea realmente la naturaleza sigue siendo un misterio, como también son un misterio el ser y la nada. Lo que tenemos son discursos culturales sobre la naturaleza: de los antiguos, del hinduismo* en la India, del taoísmo en China, del zen-budismo* en Japón, de la moderna ciencia copernicana, de la mecánica cuántica*, de la teoría de los sistemas abiertos, de la biología genética y molecular, y de la nueva cosmología basada en las ciencias de la Tierra. Nuestra comprensión debe mucho a estas tradiciones, especialmente a la última corriente que hemos mencionado. En función de cada comprensión se decide qué tipo de naturaleza es la que debe preservarse.

Cuando contemplamos la naturaleza, a pesar de sus expresiones caóticas y de su intrincadísima complejidad, salta a la vista una medida constante que resulta no de las partes tomadas aisladamente, sino del todo orgánico y vivo. Hay armonía y equilibrio. La naturaleza no está biocentrada, centrada sólo en la vida, sino que descansa en el equilibrio dinámico entre vida y muerte. Para los contemporáneos, la naturaleza es el resultado de un inmenso proceso de evolución que va más allá del modelo de Charles Darwin (1809-1882), que fundamentalmente la restringía a la biosfera*. La comprensión actual —llamada teoría de la evolución sintética— entiende la evolución como una teoría universal: a partir del *big bang*, todo en el universo está en evolución. Ese proceso no es lineal, sino que da saltos y conoce fluctuaciones* y bifurcaciones. No sólo se expande, sino que crea nuevas posibilidades. Esto significa que las leyes naturales no poseen un carácter determinista sino probabilístico.

Los conocimientos de la termodinámica* nos indican que la vida y cualquier novedad en el universo surgen a partir de cierto distanciamiento y de cierta ruptura del equilibrio. Esa ausencia

de medida, aunque momentánea, provoca la autoorganización (autopoiesis*) que crea una nueva estabilidad y un nuevo equilibrio dinámico. Y es dinámico porque se rehace continuamente, no por la reproducción del equilibrio anterior, sino por la creación de uno nuevo, mediante el diálogo con el medio y a través de una nueva adaptación. La lógica de la naturaleza en proceso evolutivo es ésta: organización-ruptura del equilibrio-desorganización-nueva relación-nuevo equilibrio-nueva organización. Y así continuamente.

Esto no significa que la naturaleza no posea una medida (leyes de la naturaleza); posee una medida no estática y mecánica, sino dinámica y fluctuante, caracterizada por constancias y variaciones. Tiene fases de ruptura que engendran inmediatamente una nueva regularidad. El clima de la Tierra, por ejemplo, que ya tiene 3.800 millones de años, ha pasado por turbulencias y terribles devastaciones. La Tierra ha llegado a estar casi dos veces más caliente que en la actualidad, pero, a pesar de ello, ha mostrado a lo largo de su vida un increíble equilibrio dinámico que ha beneficiado todas las formas de vida.

La naturaleza vista como *l* todo no impone leyes. Señala tendencias y regularidades que pueden ir en diversas direcciones. Corresponde al ser humano desarrollar una sensibilidad tal que le permita captar esas tendencias y tomar decisiones. La naturaleza no le dispensa de decidir y de ejercer su libertad. Sólo entonces el ser humano se convierte en un ser ético.

Este espacio de intervención y creación del ser humano consciente y responsable es un dato de la naturaleza. Así como ésta continuamente busca, hace y rehace dinámicamente una medida, de la misma manera el ser humano debe buscar la justa medida. No de una vez por todas, sino fijándose siempre en lo que está ocurriendo en la naturaleza, en la historia y en él mismo. La medida justa cambia; lo que no cambia es la búsqueda permanente de la justa medida.

También hay que considerar el proceso global que muestra una flecha del tiempo apuntando siempre hacia delante y hacia arriba, proceso que, cuanto más avanza, menos se copia a sí mismo, menos clonaciones hace y más diversidad presenta. Las

medidas varían, pero cada medida encontrada sirve para el objetivo superior de hacer que avance la flecha de la evolución.

b) Medida justa y *pathos**

¿Cómo capta el ser humano esa medida multidimensional de la naturaleza? El saber racional no es suficiente, ni la obediente voluntad de identificar regularidades, obviando la creatividad humana y el ejercicio de la libertad, propias del ser humano. Hay que desarrollar una actitud atenta de escucha, un sentimiento profundo de identificación con la naturaleza, con sus cambios y estabildades. El ser humano necesita sentirse naturaleza. Cuanto más se sumerge en ella, tanto mejor percibe qué debe cambiar y qué ha de conservar en su vida y en sus relaciones.

Los pueblos indígenas nos dan el mejor ejemplo de cómo escuchar la naturaleza. Gracias a su profunda afinidad con ella, con el suelo, con las lluvias, las nubes, los vientos, las aguas, las plantas y los animales, saben inmediatamente lo que va a pasar y qué actitud adoptar. Están tan unidos a la Tierra, como hijos e hijas suyos, como si fueran la misma Tierra que habla y piensa, que captan en seguida lo que va a ocurrir en la naturaleza. Es decir, la naturaleza habla con ellos y por ellos.

Algunas investigaciones realizadas en Europa y en Norteamérica constatan que un aumento de los conocimientos sobre la crisis ecológica y las heridas de la Tierra no implica necesariamente un cambio de actitud hacia un mayor respeto y una mayor veneración por el planeta. Lo imprescindible no es el saber, afirman, sino el sentir. Cuanto más sufre una persona con la degradación del medio ambiente y más se indigna con el sufrimiento de los animales y con la destrucción de la capa verde de la Tierra, más desarrollará nuevas actitudes de compasión, de ternura y de protección de la naturaleza, así como una espiritualidad cósmica.

De nuevo encontramos aquí al *pathos*, el sentimiento profundo, en la raíz del nuevo paradigma de convivencia con la Tierra. De esta auscultación de la Tierra y de la pasión por ella, nace el cuidado esencial. Sin esa escucha cuidadosa no oiremos

la gran voz de la Tierra que invita a la sinergia, a la compasión y la coexistencia pacífica con todos los seres. Esta actitud es indispensable, por ejemplo, en la biotecnología, uno de los campos más avanzados de la ciencia. ¿Cuál es la justa medida en la manipulación del código genético humano? No consta por escrito en ningún sitio. El ser humano tiene que establecerla a partir de una profunda sensibilidad y comunión con la vida misma. Si entra en su laboratorio de experimentos genéticos como quien entra en un templo, y trabaja como quien oficia una liturgia — pues la vida es misteriosa y sagrada, y exige tal actitud de reverencia— sentirá —y no sólo «sabrà» intelectualmente— lo que puede o no puede hacer. Es un sentir cargado de cuidado, de responsabilidad y de compasión. Desde este *pathos*, se vuelve absurdo querer subordinar el nuevo conocimiento genético a la obtención de un beneficio económico, como si la vida fuera una simple mercancía puesta en un mostrador.

La actitud de sentir con cuidado debe transformarse en cultura y exige un proceso pedagógico, más allá de la escuela formal, que penetre instituciones y haga surgir un nuevo estado de conciencia y de conexión con la Tierra y con todo lo que existe y vive en ella.

Como dice maravillosamente el salmo (118, 19), nos sentimos «forasteros en esta Tierra», huéspedes respetuosos de la hospedera Tierra. Y dejamos la Casa Común siempre en orden para los otros huéspedes que vendrán después de nosotros.

3. *La ternura vital*

La ternura vital es sinónimo de cuidado esencial. La ternura es el afecto que brindamos a las personas y el cuidado que aplicamos a las situaciones existenciales. Es un conocimiento que va más allá de la razón, pues se manifiesta como inteligencia que intuye, que ve hasta lo profundo y establece comunión. La ternura es el cuidado sin obsesión; incluye también el trabajo, no como mera producción utilitaria, sino como obra que manifiesta la creatividad y la autorrealización de la persona. No es afe-

minación y renuncia al rigor en el conocimiento. Es un afecto que, a su manera, también conoce. En realidad, sólo conocemos bien cuando nutrimos afecto y nos sentimos implicados con aquello que queremos conocer. La ternura puede y debe convivir con el extremo empeño por una causa, como demostró de manera ejemplar el gran revolucionario que fue Che Guevara (1928-1968). De él guardamos esta sugestiva afirmación: «hay que endurecerse pero sin perder la ternura jamás».

La ternura surge del mismo acto de existir en el mundo con los demás. No existimos; co-existimos, con-vivimos y co-mulgamos con las realidades más inmediatas. Sentimos nuestro vínculo fundamental con la totalidad del mundo. Ese sentimiento es más que un impulso psicológico; es un «modo-de-ser» existencial que penetra todo el ser. Concentrarse en el sentimiento engendra el sentimentalismo. El sentimentalismo es un producto de la subjetividad mal integrada. Es el sujeto que se repliega sobre sí mismo y se recrea en sus sensaciones. Por el contrario, la ternura irrumpe cuando el sujeto de descentra de sí mismo, sale en dirección al otro, siente al otro como otro, participa de su existencia y se deja tocar por la historia de su vida. El otro marca al sujeto. Éste permanece en el otro no por las sensaciones que le produce, sino por amor, porque aprecia su diferencia y valora su vida y sus luchas.

La relación de ternura no implica angustia porque no busca ventajas ni dominación. La ternura es la fuerza propia del corazón, es el deseo profundo de compartir caminos. La angustia del otro es mi angustia, su éxito es mi éxito y su salvación o pérdida es mi salvación y pérdida, no sólo mía sino de todos los seres humanos.

Blaise Pascal (1623-1662), filósofo y matemático francés, introdujo una distinción importante para ayudarnos a entender el cuidado y la ternura: el *esprit de finesse* y el *esprit de géométrie*. El *esprit de finesse* es el espíritu de delicadeza, de sensibilidad, de cuidado y de ternura. El espíritu no sólo piensa y razona. Va más allá y añade sensibilidad, intuición y capacidad de unión al razonamiento y al pensamiento. Del espíritu de delicadeza nace el mundo de las excelencias, de los grandes significa

dos, de los valores y de los compromisos a los que vale la pena dedicar tiempo y energía.

El *esprit de géométrie* es el espíritu calculador y productivo, interesado en la eficacia y en el poder. Es el «modo-de-ser» que ha imperado en la modernidad. Este espíritu relegó a un rincón, y puso bajo sospecha, todo lo que tiene que ver con el afecto, la ternura y el cuidado esencial. De ahí deriva también el vacío aterrador de nuestra cultura «geométrica» pletórica de sensaciones pero sin experiencias profundas; con una acumulación fantástica de saber, pero con escasa sabiduría, preocupada en exceso por la musculación, por lo sexual y por los artefactos de destrucción que aparecen en violentas series televisivas, pero sin ternura ni cuidado hacia la Tierra, hacia sus hijos e hijas, y hacia el futuro común de todos.

4. *La caricia esencial*

La caricia constituye una de las expresiones máximas del cuidado. ¿Por qué hablamos de «caricia esencial»? Porque queremos distinguirla de la caricia como pura excitación psicológica, en función de un amor fugaz y sin historia. La caricia-excitación no implica toda la persona. La caricia es esencial cuando se transforma en una actitud, en un «modo-de-ser» que ennoblece a la persona en su totalidad, en su psique, en su pensamiento, en su voluntad, en su interioridad y en las relaciones que establece.

El órgano de la caricia es, fundamentalmente, la mano: la mano que toca, la mano que acaricia, la mano que establece relación, la mano que arrulla, la mano que trae sosiego. Pero la mano es más que una mano. Es la persona humana que, a través de la mano y en la mano, revela un «modo-de-ser» cariñoso. La caricia toca lo profundo del ser humano, alcanza su Centro personal. Para que la caricia sea verdaderamente esencial, tenemos que acariciar el Yo profundo y no sólo el ego superficial de la conciencia.

1, a caricia que nace del Centro confiere reposo, integración

y confianza. De ahí viene su sentido. Al acariciar al niño, la madre le transmite la experiencia que más puede orientar: la confianza fundamental en la bondad de la realidad y del universo; la confianza de que, en el fondo, todo tiene sentido; la confianza de que la paz y no el conflicto tiene la última palabra; la confianza en la acogida y no en la exclusión del gran Útero.

Al igual que la ternura, la caricia exige total altruismo, respeto por el otro y renuncia a cualquier otra intención que no sea la de la experiencia de querer y amar. No consiste en pieles que se rozan; es más bien una inversión de cariño y amor a través de la mano y de la piel.

El afecto no existe sin la caricia, la ternura y el cuidado. Así como la estrella necesita la irradiación para brillar, el afecto necesita la caricia para sobrevivir. La caricia de la piel, del cabello, de las manos, de la cara, de los hombros y de la intimidad sexual es lo que confiere concreción al afecto y al amor. Es la calidad de la caricia lo que impide que el afecto sea mentiroso, falso o dudoso. La caricia esencial es leve, como cuando se entorna ligeramente una puerta. Nunca hay caricia en la violencia que echa abajo puertas y ventanas, es decir, cuando se invade la intimidad de la persona.

El psiquiatra colombiano Luis Carlos Restrepo ha dicho acertadamente: «La mano, órgano humano por excelencia, sirve tanto para acariciar como para aferrar. Mano que aferra y mano que acaricia son dos facetas extremas de las posibilidades de encuentro interhumano». En el contexto de nuestra reflexión, la mano que aferra representa el «modo-de-ser-trabajo». «Aferrar» es una expresión del «poder sobre», de la manipulación, del pretender obligar al otro y a las cosas a adaptarse a mi «modo-de-ser». La mano que acaricia representa el «modo-de-ser-cuidado», pues «la caricia es una mano cubierta de paciencia que toca sin herir y suelta para permitir la movilidad del ser con quien entramos en contacto».

5. *La amabilidad fundametital*

La justa medida, la ternura vital, la caricia esencial y la amabilidad fundamental son cualidades existenciales, o sea, formas en las que se estructura el ser humano en cuanto tal. El cuidado, con su cortejo de resonancias, es el artífice de nuestra humanidad. Esto vale también para la amabilidad, tan mal interpretada en la cultura desde que se introdujo como categoría de análisis sociológico al final de los años treinta. Normalmente se toma como expresión de la emotividad en sentido psicológico, contrapuesto a la racionalidad. Se dice que los latinos son amables. Y de hecho lo son. Ponen en las cosas más corazón que lógica. Pero, ¡cuidado! El corazón y la emotividad pueden producir tanto el trato delicado, el sentido de la hospitalidad y la exuberancia contenida del placer, conio los impulsos violentos y los odios profundos característicos de ciertos grupos.

Cuando hablamos de la amabilidad como resonancia del cuidado, nos referimos a algo distinto. Consideramos el corazón como una dimensión del «espíritu de delicadeza», como capacidad de captar la dimensión de valor presente en las personas y en las cosas. Lo decisivo no son los hechos, sino los significados que los hechos producen en nosotros, enriqueciéndonos y transformándonos. Aquí surge la dimensión de valor, de aquello que cuenta, pesa y, en definitiva, nos interesa. El valor convierte los hechos en símbolos y en sacramentos. Dejan de ser hechos que sencillamente han ocurrido y han pasado, y se convierten en portadores de significado, capaces de evocar y despertar el recuerdo.

Ahora bien, es propio del corazón captar la dimensión axiológica y valorativa del Ser en su totalidad y en sus manifestaciones en los entes concretos. La amabilidad designa entonces aquel «modo-de-ser» que descubre el corazón que palpita en cada cosa, en cada piedra, en cada estrella y en cada persona. Es aquella actitud que capta tan maravillosamente *El principito*: «no se ve bien sino con el corazón». El corazón consigue ver más allá de los hechos; ve su trabazón con la totalidad; distingue significados y descubre valores. La amabilidad supone la capacidad de

sentir el corazón del otro y el corazón secreto de todas las cosas. La persona amable ausculta, pega el oído a la realidad, presta atención y pone cuidado en todas las cosas.

En América Latina, la cultura náhuatl de los aztecas de México fue la que otorgó al corazón un significado especial. Su definición de ser humano no es, como entre nosotros, la de un «animal racional», sino la de «dueño de un rostro y de un corazón». El rostro identifica y distingue al ser humano de otros seres humanos. A través del rostro, el ser humano se relaciona éticamente con el otro. En el rostro queda reflejado si lo acogemos, si desconfiamos de él o si lo excluimos. El corazón, a su vez, define el «modo-de-ser» y el carácter de la persona, el principio vital de donde provienen todas sus acciones.

La refinada educación de los aztecas, conservada en bellísimos textos, pretendía formar en los jóvenes un rostro transparente, bondadoso y sin sombras, asociado a un corazón firme, caliente, determinado, hospitalario, solidario y respetuoso con las cosas sagradas. Según ellos, en el corazón nacía la religión, que utilizaba «la flor y el canto» para venerar a sus divinidades. Ponían corazón en todas las cosas que hacían. Esa amabilidad o «cordialidad» se reflejaba en las obras de arte que creaban. El gran pintor renacentista alemán Alberto Durero, al contemplar, en 1520, unos objetos de arte aztecas que Hernán Cortés había regalado al emperador Carlos V, dejó apuntado en su diario este testimonio: «En toda mi vida no he visto nada que me haya alegrado tanto el corazón como estas cosas. En ellas he encontrado objetos maravillosamente artísticos y he quedado admirado de la sutil genialidad de los hombres de esas tierras extrañas». Era la resonancia del cuidado y de la compasión, que se expresaba en los objetos de arte aztecas.

6. *La convivencialidad necesaria*

A la amabilidad, se une la convivencialidad. La convivencialidad, como concepto, fue puesta en circulación por Ivan Illich, uno de los grandes profetas latinoamericanos. Nacido en Viena

en 1926, trabajó en América Latina y con los hispanos en los Estados Unidos. Por medio de la «convivencialidad» intentó responder a dos crisis de la actualidad, íntimamente vinculadas: la crisis del proceso de industrialización y la crisis ecológica.

| Veamos en primer lugar la crisis del proceso de industrialización. La relación de superioridad del ser humano con respecto al instrumento se ha convertido en una relación de superioridad del instrumento respecto del ser humano. Creado para sustituir al esclavo, el instrumento tecnológico ha acabado por esclavizar al ser humano, al tener como fin la producción en masa. Esto ha dado origen a una sociedad ostentosa, pero sin alma. La actual producción industrial no casa con la fantasía y la creatividad de los trabajadores. De éstos, sólo quiere utilizar su fuerza de trabajo, fuerza física o intelectual. Cuando incentiva la creatividad, lo hace con vistas a conseguir la *calidad total* del producto, lo cual beneficia más a la empresa que al trabajador.

Sin embargo, constituye un signo de los tiempos que muchos empresarios estén tomando conciencia de esta distorsión y hagan frente a la deshumanización de la sociedad industrial. Muchos empiezan a incluir en la agenda de la empresa la discusión sobre el nuevo paradigma de re-ligación, de subjetividad, de espiritualidad y de relaciones de cooperación y de sinergia entre todos, empresarios y trabajadores.

¿Qué se entiende por convivencialidad? Por convivencialidad entendemos! la capacidad de hacer que convivan las dimensiones de producción y de cuidado, de efectividad y de compasión; modelar con solicitud todo lo que producimos, utilizando la creatividad, la libertad y la fantasía; la aptitud para mantener el equilibrio multidimensional entre la sociedad y la naturaleza, reforzando el sentido de pertenencia mutua. \

La convivencialidad tiene como fin combinar el valor técnico de la producción material con el valor ético de la producción social y espiritual. Después de haber construido una economía de bienes materiales, tenemos que desarrollar urgentemente una economía de las cualidades humanas: ¡el mayor capital, infinito!

Los valores humanos de la sensibilidad, del cuidado, de la

convivencialidad y de la veneración pueden imponer límites a la voracidad del poder-dominación y a la producción-explotación.

En segundo lugar, la convivencialidad se entiende como una respuesta definitiva a la crisis ecológica, producida por el proceso de industrialización de los últimos cuatro siglos. El irresponsable proceso de explotación del medio ambiente puede provocar una dramática devastación del sistema-Tierra y de todas las organizaciones que lo gestionan.

Este escenario no es de ningún modo improbable. Ha tenido lugar anteriormente, con el hundimiento de la bolsa de Wall Street en 1929. En esa ocasión se trató sólo de una crisis parcial del sistema capitalista. Ahora se trata de una crisis del sistema global. Seguramente, en un contexto de ruptura generalizada, la primera reacción del sistema imperante será aumentar el control planetario y utilizar una violencia masiva para garantizar el mantenimiento del proceso productivo y del sistema financiero. Pero este esfuerzo, en vez de aliviar la crisis, la radicalizará a causa del aumento de desempleo tecnológico y de la ineficacia de las políticas de integración de las víctimas dentro de la única sociedad mundial.

Según Illich, la crisis puede dar paso a una catástrofe de dimensiones apocalípticas. Pero también puede ser una oportunidad única para definir un uso convivencial de los instrumentos tecnológicos al servicio de la preservación del planeta, del bienestar de la humanidad y de la cooperación entre los pueblos.

Para llegar a esa nueva plataforma, la humanidad posiblemente deba pasar por un siniestro Viernes Santo que precipitará al abismo la dictadura del **«modo-de-ser-trabajo-producción-material»**. Sólo entonces podrá haber un Domingo de Resurrección, la reconstrucción de la sociedad mundial sobre la base del cuidado.

El primer párrafo del nuevo pacto social entre los pueblos supervivientes definirá el establecimiento sagrado de la autolimitación y la obligación de vivir bajo la justa medida, cuidando la herencia que hemos recibido del universo, desde la ternura esencial para con los seres humanos y desde el respeto a los demás seres de la creación. La producción será convivencial,

pues garantizará lo suficiente para atender las necesidades humanas, así como lo adecuado para realizar proyectos solidarios. El ser humano habrá aprendido a utilizar los instrumentos tecnológicos como medios y no como fines; habrá aprendido a con-vivir con todas las cosas, junto con sus hermanos y hermanas, sabiendo tratarlas con reverencia y respeto.

Cuando se produzca este feliz acontecimiento, se habrá inaugurado el nuevo milenio con la vigencia de un nuevo paradigma de civilización más favorable a la vida, en la justicia y en la fraternidad y ternura entre todos.

7. *La compasión radical*

Esta última manifestación del cuidado –la compasión radical– representa la mayor aportación que el budismo ha hecho a la humanidad. Esta compasión radical es considerada la virtud personal de Buda, cuyo nombre real era Siddharta Gautama y que vivió entre los siglos VI y V antes de nuestra era. La compasión se inserta dentro de la experiencia básica del budismo, articulando dos movimientos diferentes pero complementarios: el desapego total del mundo, por medio de la ascesis, y el cuidado del mundo mediante la compasión. A través del desapego, el ser humano se libera de la esclavitud del deseo de poseer y acumular. Y a través del cuidado, se re-liga afectivamente al mundo, responsabilizándose de él.

La com-pasión no es un sentimiento menor de «piedad» hacia quien sufre. No es algo pasivo sino muy activo. ¡Com-pasión, como sugiere la etimología latina de la palabra, es la capacidad de com-partir la pasión del otro y con el otro. Se trata de salir del propio círculo y entrar en la galaxia del otro en cuanto otro, para sufrir con él, alegrarse con él, caminar junto a él y construir la vida en sinergia con él!

En primer lugar, esa actitud lleva a la renuncia a dominar, e incluso a matar cualquier ser vivo, rechazando toda violencia contra la naturaleza. En segundo lugar, intenta construir la comunión a partir de los que más sufren y son más castigados.

Sólo empezando por los últimos, podremos llegar a tener una sociedad realmente integradora e incluyente. La filosofía china del *Feng Sbui*, como veremos más adelante, propone una forma cuidadosa de tratar la naturaleza y de organizar ecológicamente los jardines y la casa humana.

En el hinduismo tenemos la *Ahimsa*, que corresponde a la com-pasión budista. Es la actitud de no-violencia, con la cual se procura evitar todo sufrimiento o constricción a otros seres. Muchos textos sagrados hindúes enseñan a tratar a todos los seres con el mismo cuidado y con la misma reverencia con que tratamos a nuestros niños. Gandhi fue el genio moderno de la *Ahimsa*.

La tradición del Tao* tiene un concepto parecido, el *Wu Wei*. Se trata de una virtud activa: estar en armonía con la medida de cada cosa, dejar ser y no interferir. Al renunciar a las cosas, luchando contra nuestras ansias de poseer, ejercemos el *Wu Wei*, es decir, entramos en comunión con las cosas, captamos su danza y bailamos juntos.

En el ámbito judeocristiano encontramos el concepto de *Rahamim*, la misericordia. En hebreo, *Rahamim* significa tener entrañas y sentir con ellas la realidad del otro, especialmente del que sufre. Significa, por lo tanto, «con-sentir» más que entender, y mostrar capacidad de compasión y de identificación con el otro. La misericordia se considera la característica básica de la experiencia espiritual de Jesús de Nazaret. El experimentó y anunció un Dios Padre cuya misericordia no tiene límites: «hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45) y «es bueno con los ingratos y los perversos» (Le 6, 35). Es el Dios misericordioso con el hijo pródigo, con la oveja descarriada, con Magdalena, la pecadora pública. Es un Padre con características de Madre. El mismo Jesús muestra misericordia con aquellos que lo llevaron a la cruz.

El salmo 102 expresa perfectamente la centralidad divina de la misericordia: «El Señor es compasivo y misericordioso, lento en la ira y rico en clemencia; no está siempre acusando, ni guarda rencor perpetuo [...] Como un padre, siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles; porque él conoce

nuestra masa, se acuerda de que somos barro [...] La misericordia del Señor dura por siempre» (Sal 102, 8-17). En el momento supremo, cuando todo se decida, seremos juzgados en virtud de la com-pasión y de la misericordia que hayamos tenido con los hambrientos, los sedientos, los desnudos y los presos (Mt 25, 35-40). Este criterio de com-pasión es idéntico entre cristianos, egipcios y tibetanos, y aparece ampliamente reflejado en sus respectivos libros sagrados.

En conclusión, estas resonancias son, entre otras, el eco del cuidado esencial. Se trata de voces diferentes que cantan el mismo estribillo. El amor, la justa medida, la ternura, la caricia, la amabilidad, la convivencialidad y la compasión es lo que garantiza la humanidad de los seres humanos. Por medio de esos «modos-de-ser», los seres humanos realizan continuamente su autopoiesis, esto es, su autoconstrucción histórica. Simultáneamente, construyen la Tierra y preservan las tribus que viven en ella con sus culturas, sus valores, sus sueños y sus tradiciones espirituales.

Bibliografía

- Alberoni, F., *Enamoramiento y amor*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- Arana, M. J., *Rescatar lo femenino para reanimar la Tierra*, Cristianisme i Justicia, Barcelona, 1997.
- Assmann, H., *Metáforas novas para reencantar a educagao*, UNIMEP, Piracicaba, 1996.
- Assmann, H., *Reencantar a educagáo. Rumo á sociedade aprendente*, Vozes, Petrópolis, 1998.
- Barletta, R., *El quinto mandamiento*, Lohlé/Lumen, Buenos Aires, 1996.
- Benhabib, S. y Cornell, D., *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990.
- Boff, L., *Brasas bajo las cenizas. Historias anticotidianas del mundo y de Dios*, Trotta, Madrid, 1997.
- boff, L., *Francisco de Asís. Ternura y Vigor*, Sal Terrae, Santander, 1995.
- fox, M., *A Spirituality named Compassion*, Harper & Row, San Francisco, 1990.

- Giddens, A., *La transformación de la intimidad*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Hillman, J., *El código del alma*, Martínez Roca, Barcelona, 1998.
- Illich, I., *Convivencialidad*, Barral, Barcelona, 1975.
- León-Portilla, M., *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, FCE, México, 1983.
- Lewin, R., *Complejidad: el caos como orden generador de orden*, Tusquets, Barcelona, 1995.
- May, R., *Amor y voluntad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
- Prigogine, I., *El fin de las certidumbres*, Taurus, Madrid, 1996.
- Restrepo, L. C., *El derecho a la ternura*, Península, Barcelona, 1997.
- Smart, J. J. C., *Nuestro lugar en el universo*, Tecnos, Madrid, 1992.
- Touraine, A., *Crítica de la Modernidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.